



Teología Pop - Lucas Magnin

EL DIOS OCULTO Y EL DIOS REVELADO

Rompiendo el sello divino de lo cotidiano

Jesús Rodríguez

“ Y en verdad tú, Dios y salvador de Israel,
eres un Dios que se esconde.
Isaías 45.15 (RVC)

Todos nos hemos sentido perdidos alguna vez en la vida. Creo que es algo muy válido y hasta necesario para cada uno de nosotros. Es una sensación de vacío; buscamos al Creador y sentimos que no podemos destapar las respuestas de la existencia (una existencia a la que fuimos arrojados sin haber sido consultados).

Pensando en esta sensación vino a mi mente una película llamada *El séptimo sello* (1957), del director sueco Ingmar Bergman. Es un largometraje donde el personaje principal, un caballero llamado Antonius Block, regresa de las cruentas Cruzadas y, después de ver la brutalidad de la realidad, se da cuenta de que no tiene una fe por la cual vivir. Es alguien que se siente perdido, tal como hemos estado muchas veces nosotros mismos.

Antonius es alguien que no ha experimentado al Dios oculto que está detrás de las cosas cotidianas. Me recuerda a Lutero (quien me dio la inspiración para el título de este ensayo), que en sus estudios hablaba de ese Dios oculto entre las cosas: «El profeta le llama el “Dios oculto”: bajo la maldición está escondida la bendición; bajo la sensación de pecado, [está escondida] la justicia; bajo la muerte, la vida; bajo la aflicción, el consuelo»².

Lutero hablaba a menudo del Dios oculto porque sabía lo que es implorar por el amor divino y, sin embargo, sentirse abandonado y sin fe. Al principio de su vida teológica, el reformador no hallaba la paz de sentirse amado por Dios y por eso pidió una señal divina que le marcara el camino. La encontró en unas palabras llenas de gracia que hablan acerca de una fe que hace justicia; después de leerlas, podía declarar con toda confianza y poder: «Por tanto, es en Cristo crucificado donde está la verdadera teología y el conocimiento verdadero de Dios»³. Pero el camino de Lutero, al igual que el del caballero de la película, no

2.Citado en Von Loewenich, 1954, p. 39.

3.Lutero, 1974, Tesis 21.



fue sencillo ni rápido.

Ingmar Bergman, hijo de un ministro luterano, sabía reconocer la tensión que existe entre dos visiones divinas opuestas: el Dios que declara que debemos creer en Él, al mismo tiempo se oculta constantemente de nosotros (*Deus absconditus*). Es al meditar en esta contradicción a lo largo de la película que el director revela un poco su alma; en la trama podemos reconocer las dudas que aquejan a muchos cristianos en su vida diaria: una vida en la que parece que el Creador está escondido y se ha vuelto solo un eco que resuena, de vez en cuando, en el corazón de los creyentes.

El caballero ha volcado su espíritu en esa búsqueda de Dios, pero no logra encontrarlo. Su vida después de la guerra se ha vuelto un sinsentido, un camino sin rumbo. Se encuentra sin saber hacia dónde mirar: hacia arriba o hacia abajo, hacia la añoranza del pasado o la esperanza del futuro. Ha gastado su existencia en lujos banales, derramando su vida en el río de los placeres.

En esa encrucijada, el caballero se encuentra cara a cara con la Muerte. Se niega a morir, y al tomar conciencia de cómo ha perdido el tiempo, intenta encontrarle algún sentido a su vida. Aunque sabe que no puede vencer, decide jugar una partida de ajedrez con la Muerte con el fin de ganar el mayor tiempo posible para encontrar alguna respuesta o motivo para morir.

Hay una escena impresionante, en la que Block se encuentra delante de una figura de Cristo. La iluminación, el encuadre y la paleta de grises muestran al crucificado de una forma lejana, fría, inmóvil, sin piedad. El caballero le reclama a Dios: «La fe es un grave sufrimiento», dice, «es como amar a alguien que está afuera en las tinieblas y que no se presenta por mucho que se le llame». Antonius Block fue a las Cruzadas creyendo obedecer la voluntad de Dios. Lo hizo tras escuchar a otros que decían que eso era lo que el Señor quería. Pero al volver del encargo se encontró aún más vacío. Quizás (y esto es solo una hipótesis) desde niño le inculcaron la fe, aprendió que debía obedecer, pero nunca tuvo una experiencia verdadera. A pesar de que su búsqueda y fatiga supuestamente nacían de esa fe, al volver de su viaje el caballero comprendió que nunca se había enfrentado a Dios. Había luchado —e incluso matado— por algo que no conocía.

Este hombre, en cierta manera, representa a muchos de nosotros. Vivimos vidas y creemos cosas basadas en aquello que nos han enseñado. Escuchamos sermones o expresiones a favor o en contra de Dios, pero eso no necesariamente se traduce en un encuentro cotidiano con Él. La fe camina entre lo ordinario y lo extraordinario, entre algunos oasis y muchos desiertos.



Algunos hablan del camino cristiano como un paraíso, exento de toda piedra de tropiezo, pero esto ni siquiera es lo que relata la Escritura. Dios se parece, en algunos relatos de la Biblia, a un maestro que espera en silencio hasta que sus alumnos logren pasar el examen.

El caballero que pide respuestas a Dios trae a mi memoria al David de los Salmos, que clama por alguien que pareciera sordo a sus gemidos: «Oh Señor, oye mi oración, escucha mis ruegos; Respóndeme por tu verdad, por tu justicia» (Sal. 143:1; RVR1960). «Y mi espíritu se angustió dentro de mí; Está desolado mi corazón» (Sal. 143:4; RVR1960). Las Escrituras nos ofrecen el testimonio de hombres que buscaban a Dios en todas las direcciones, pero que nunca recibieron respuestas directas del Señor a sus preguntas. Tenemos el ejemplo de Job, que preguntó al Señor acerca de su desdicha y lo único que recibió fue una revelación; eso fue suficiente para sentirse pequeño ante la majestuosidad del Creador. Muchas veces la revelación de Dios no trae las respuestas que nuestra mente espera, pero su mismo silencio es una revelación para el corazón humano.

Antonius Block juega con la Muerte, pero no solo al ajedrez, sino también con las ideas. En una escena, la Muerte se viste de sacerdote; el caballero, pensando que habla con un religioso, le dice:

Llámalo como quieras. ¿Por qué la cruel imposibilidad de alcanzar a Dios con nuestros sentidos? ¿Por qué se nos esconde en una oscura nebulosa de promesas que no hemos oído y milagros que no hemos visto? Si desconfiamos una y otra vez de nosotros mismos, ¿cómo vamos a fiarnos de los creyentes? ¡Qué va a ser de nosotros los que queremos creer y no podemos! ¿Por qué no logro matar a Dios en mí? ¿Por qué sigue habitando en mí ser? ¿Por qué me acompaña humilde y sufrido a pesar de mis maldiciones que pretenden eliminarlo de mi corazón? ¿Por qué sigue siendo una realidad que se burla de mí y de la cual no me puedo liberar?

Antonius Block es un hombre desesperado, que ha buscado a Dios por todos los medios a su disposición, al igual que muchos de nosotros que hemos querido encontrarlo por medio de los sentidos o la razón. Pero Dios es algo más que una simple razón o un asentimiento del corazón: es la razón de las sin razones, o la mejor de ellas. Y es que es una locura querer atrapar con las manos algo tan grande; es como querer atrapar el aire con los dedos. Dios es el Dios de los misterios; creer en este Dios que se ha dejado crucificar y que se hizo hombre excede toda lógica y racionalidad.



Este Dios que se oculta y se revela al mismo tiempo muestra la obra de sus manos en el firmamento: la Tierra es el estrado de sus pies y toda la Creación grita su existencia. Pero seamos sinceros: aunque la Biblia afirma todo esto, yo he visto atardeceres, pero no vi ahí lo divino. ¿Cuál es la diferencia entonces entre aquellos que alcanzan a ver lo divino y aquellos que no? ¿Por qué solo algunos pueden ver esa revelación?

A algunos les basta un solo momento para ver la luz de Dios. Moisés estuvo más de 80 años caminando de un lado a otro, sin saber quién era, hasta que escuchó una voz que provenía de una zarza; en ese momento, cambió todo. «Entonces dijo Moisés a Dios: He aquí, si voy a los hijos de Israel, y les digo: “El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros”, tal vez me digan: “¿Cuál es su nombre?”, ¿qué les responderé? Y dijo Dios a Moisés: “*Yo soy el que soy*”. Y añadió: “Así dirás a los hijos de Israel: *Yo soy me ha enviado a vosotros*”» (Éx. 3:13-14; NBLA). Desde ese momento y por muchos años, Dios caminó con él; sin embargo, Moisés seguía esperando poder verlo completamente. «Te aclaro que no podrás ver mi rostro, porque ningún hombre podrá verme y seguir viviendo» (Éx. 33:20; DHH), le respondió el Señor.

En el primer versículo de Éxodo expuesto aquí, Moisés quiere saber quién es Dios, pero Él simplemente le comenta su esencia y deja que el silencio del desierto avance. YHWH no puede ser atrapado por una expresión: Dios es un enigma en sí mismo y no podría explicarnos a nosotros el misterio de su existencia. El pedido de Moisés (conocer el nombre de Dios) es un signo del deseo de querer atrapar a Dios en sus palabras, lo cual me recuerda algo que decía Heidegger: que podemos terminar de rebajar a Dios a una simple causa eficiente para nosotros.⁴

En el segundo versículo, Moisés quería encontrar a Dios por medio de sus sentidos, pero el Señor se negó a revelarse así y solo le permitió ver una parte de Él. Muchas veces nosotros nos encontramos en la misma situación: queremos saber quién es Dios y poder encontrarlo por medio de los sentidos y de nuestros métodos. Pero Dios se nos oculta, solo nos permite ver lo que Él mismo nos ha revelado. Parece como si el Señor realmente nos quisiera enseñar a encontrarlo en medio de su abandono, de su silencio y de la penumbra. Es como cuando cerramos los ojos y, en medio de aquella oscuridad, podemos encontrar la paz. A Dios no se lo puede atrapar, solo se lo puede encontrar.

Moisés, el caballero y nosotros caemos en el mismo error: queremos un Dios que quepa en nuestro bolsillo, un Dios domable por nuestros sentidos y nuestra lógica. Bien lo decía el filósofo Benedetto Croce: «La existencia de Dios es cierta, pero no es científicamente demostrable, y todo intento de demostración debe

4.«Dios puede rebajarse, en la luz de la causalidad, hasta una causa, la causa eficiente» (Heidegger, 1967, Vol. I, p. 26).



ser considerado no tanto un testimonio de piedad cuanto de impiedad, porque, para demostrar a Dios, tendríamos que hacerlo así: el hombre debería convertirse en creador de Dios»⁵.

Antonius Block quiere encontrar significado a una vida vacía, a una religión sin fe y a un goce sin finalidad. Por ello, aun sabiendo que ha sido engañado por la Muerte, le sigue su juego intentando encontrar ese algo que le permita un buen morir. Tal vez nosotros, al igual que el caballero, estamos aprendiendo a lidiar con una fe real, fuera de las explicaciones y los esquemas heredados. Quizás en el pasado nos dijeron qué creer y qué pensar y fue suficiente; ahora estamos en una etapa en la que debemos encontrar un verdadero significado a las cosas.

Pensar la fe no debería ser una tarea solo para algunas personas con una posición o con ciertas responsabilidades en la Iglesia; cada creyente debe vivir como si tuviera a la Muerte enfrente. Debemos aprender a convivir con la fe y la duda al mismo tiempo; y, en medio de esa incertidumbre, animarnos a intentar jugar la mejor partida. Contamos con una ventaja: la convicción de que la Muerte ha sido vencida por Dios mismo; no es para nosotros un final agónico, sino el próximo paso hacia algo mejor.

Y así como nosotros, el caballero Block va jugando contra la Muerte a cada paso que da. A medida que va adentrándose en ese baile, Antonius va observando la psicosis producida por la peste negra, que es vista por sus contemporáneos como un castigo divino. Las imágenes del largometraje producen en nosotros una desesperanza similar a la que experimentan los mismos personajes de la película. Pareciera que Dios los ha abandonado y que se ha ido toda la luz para el caballero.

Pero en medio de esta nebulosa de problemas, hay una pareja que aparece de la nada, una pequeña lumbrera en medio de la penumbra. Nunca, en toda la película, se nos dice de dónde viene el matrimonio o hacia dónde va; simplemente emergen, como algunas cosas de la vida. Bergman pareciera querer decirnos algo con esta irrupción: que aun en el camino de la muerte, la luz todavía puede observarse. La fe puede brotar en las cosas más sencillas de la vida, como el abrazo de la familia o la risa de los seres queridos. Esta pareja, sobre todo el marido, aprende a ver lo divino en lo cotidiano. Es la luz que necesitaba la trama (y nosotros mismos) para poder dar balance a la película.

Conforme va desarrollándose, la cinta nos muestra cómo la providencia hace que el caballero y la pareja se encuentren; hacia el final, los personajes comparten una tarde frente al sol, simplemente comen y disfrutan el tiempo juntos. Esta escena me encanta; podría parecer que no tiene un propósito

5.Croce, 1947, p. 7.



narrativo o que no tiene profundidad, pero es en medio de ese encuentro silencioso frente al atardecer que el caballero parece encontrar por fin la paz y la respuesta que tanto anhelaba. Bien lo decía Hegel: «De lo que se trata, entonces, es de reconocer en la apariencia de lo temporal y lo pasajero la sustancia, que es inmanente, y lo eterno, que es presente»⁶. Al final de cuentas, mucho de la vida se trata de eso: de aprender a reconocer lo eterno en lo efímero, lo infinito en lo finito, lo sagrado en la vida y lo santo aun en la peor oscuridad.

Lo fascinante de esta escena es que no nos presenta esta verdad a través de un gran discurso, sino simplemente con una sonrisa frente al sol del atardecer. Esa sensación que parece experimentar el caballero me recuerda las palabras del filósofo Luis Villoro:

La experiencia religiosa originaria nace del estupor ante la existencia misma del mundo y de mi estar arrojado en él. Por un lado, el conocimiento personal de nuestra pequeñez y desamparo; por el otro, su correlato: la experiencia de la grandeza del cosmos, de su fuerza y belleza terribles e incomprensibles. El objeto de la religión es ese misterio, ante el cual solo podemos callar y reverenciarlo.⁷

El ejemplo de Antonius Block nos ayuda a entender que la fe no es un castillo ni un monumento a la razón. Es, más bien, una apuesta por el sentido del mundo: una jugada arriesgada, pero que vale la pena jugar. Como reconoce el caballero al ver su vida desperdiciada en excesos, las cosas en sí mismas no pueden llenarnos; la falta de comprensión de esa idea explica el fracaso de tantos sistemas políticos, económicos e ideológicos. El ser humano tiene eternidad en su corazón; las cosas fútiles nunca pueden llenar un corazón sediento de infinito. Realmente, como decía Heidegger, «solo un Dios aún puede salvarnos»⁸ (incluso de nosotros mismos).

Casi en la conclusión de la historia, y después de este encuentro con lo divino, el caballero parece encontrar un propósito en su vida y decide jugar al ajedrez mortal. Al ver que la pareja quiere escapar de todo lo que les rodea, decide distraer a la Muerte durante el juego. Por supuesto, la Muerte sabe lo que el caballero intenta hacer (porque, al final, la muerte nos conoce a todos), pero eso parece no importarle: ella está jugando un juego que desea terminar. Al final del largometraje, el caballero se encuentra con su esposa. Aunque es evidente que ella lo ha esperado por un largo tiempo, no lo recibe con una gran bienvenida, al contrario, se la ve bastante inexpresiva. El caballero llega a su casa con algunos acompañantes y su esposa invita a todos a quedarse y cenar esa noche con ellos. En medio de la cena, la Muerte toca a la puerta. La esposa

6.Hegel, 1988, p. 51.

7.Villoro, 2017, p. 136.

8.Heidegger, 1976.



la recibe gratamente, como si hubiera sabido que vendría a esa hora. Frente a la Muerte, los personajes muestran su última voluntad y lo que realmente les importa. Algunos, como el ayudante del caballero, tienen una mirada nihilista acerca de la vida y no le dan ninguna importancia a morir. Otros se inclinan ante ella, otros simplemente le dicen lo que aman. Pero Antonius Block se pone a rezar con fuerza y a mirar al cielo, buscando nuevamente a ese Dios, como si buscara el perdón. Su escudero, fiel a su nihilismo, le dice que no lo haga, que ya nada importa, que solo vea a la Muerte cara a cara. Después de esto, termina la escena.

Al amanecer, después de una tormenta, la pareja ve al caballero y su grupo danzando a contraluz, mientras la Muerte los dirige hacia al vacío. La danza de la muerte fue una imagen muy común durante la Edad Media y Bergman la aprovecha muy bien como cierre de su película. Nos recuerda que, más que morir, el desafío es aprender a morir bien. *Memento mori*. Y, para morir bien, primero hay que aprender a vivir bien; aprendemos a morir cuando vivimos para alguien más, para un fin mayor.

Como dice Pablo: «Si vivimos, para el Señor vivimos; y si morimos, para el Señor morimos. Así pues, sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos» (Ro. 14:8; RVR1960).

Esta película es de esas que se prestan a múltiples lecturas y otras tantas interpretaciones, pero una de las que podemos pensar es que nos habla acerca de la necesidad de un fin mayor. El ser humano no puede vivir en la duda constante sobre todos y todo, necesita al final de cuentas un fin mayor que ordene su existencia. Incluso Nietzsche, un gran crítico del orden y la tradición judeocristiana, reconoció la necesidad de un fin mayor o un mito que le diera sentido a la existencia; este fue el motivo por el cual el filósofo alemán abrazó la narrativa del eterno retorno.

Siguiendo con las lecturas que nos puede dar la película, podemos reconocer también que nos habla de la búsqueda errónea de Dios, o de las maneras incorrectas de buscarlo. La búsqueda de lo divino no debe ser una que nos agote; más bien, debe ser un encuentro con la realidad misma de la vida. El caballero quiere encontrar a Dios para poder encerrarlo en una caja, en vez de solo disfrutarlo. Tenemos un Dios que no puede ser plenamente comprendido, pero sí puede ser nuestro gozo.

Más que proponer una fórmula de Dios, tal vez se trate sencillamente de conocerlo, recordando las palabras de nuestro Señor: «Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has



enviado» (Jn. 17:3; RVR1960). Tanto el padrenuestro como todas las parábolas de Jesús nos ayudan a ver que a Dios lo podemos encontrar en lo cotidiano, allí donde vivimos, tal como decía John Wesley: «Yo miro a todo el mundo como mi parroquia»⁹. No existe un lugar donde lo sagrado se concentre, sino que todo lo que Dios ha hecho ha sido para que podamos verlo y escucharlo; esto significa, por supuesto, que tenemos que aprender a entender la voz del Señor.

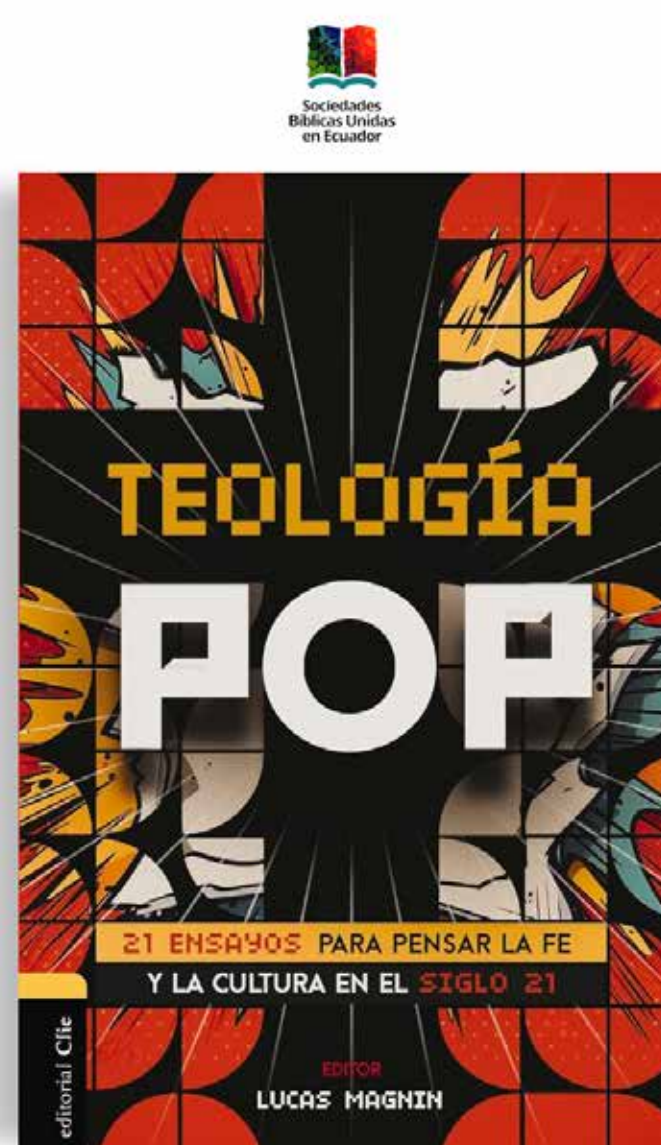
En muchas denominaciones se ha hecho demasiado hincapié en forzar los momentos místicos, esas situaciones que nos llevan a un momento de crisis con la esperanza de encontrar allí a Dios. Pero, como bien dice el salmista, Dios está en todo lugar: «Si subo a los cielos, he aquí, allí estás tú; si en el Seol preparo mi lecho, allí estás tú» (Sal. 139:8; NLBA). No necesitamos buscar a Dios en otra parte: si abrimos nuestros oídos y un poco más nuestros ojos, Él podrá revelarse. Como Elías, que en medio de un silbido apacible, encontró la presencia del Dios eterno e infinito.

¿Existe o no existe? Estos puntos están fuera del alcance de la inteligencia humana, que solo tiene la noción de las tres dimensiones. Por eso yo admito sin razonar no solo la existencia de Dios, sino también su sabiduría y su finalidad para nosotros incomprensible. Creo en el orden y el sentido de la vida, en la armonía eterna, donde nos dicen que nos fundiremos algún día. Creo en el Verbo hacia el que tiende el universo que está en Dios, que es el mismo Dios; creo en el infinito.

Fiodor Dostoievski

Teología Pop
Lucas Magnin

 Editorial **CLIE**



9. John Wesley, Diario del 11 de junio de 1739.

